

## LA TERCERA CULTURA

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano \*

Antes de presentar esta ponencia deseo precisar que son varias las versiones de la «tercera cultura» de las que no me ocupo en ella. Una es la de John Brockman, director de *The Third Culture. Beyond the Scientific Revolution* (Simon and Schuster, Nueva York, 1995), que la entiende como «un nuevo tipo de filosofía natural acerca del lugar que ocupa el hombre en el mundo y el universo, escrita sobre todo por físicos y biólogos, que son los más indicados hoy en día para evaluar este hecho». En esta línea se inscriben también la *Historia intelectual del siglo xx*, de Peter Watson (Crítica, Barcelona, 2000) y la obra de Javier Aguado, Francisco Mora y José M.<sup>a</sup> Segovia de Arana (eds.), *Ciencia y Sociedad: la tercera cultura* (Fundación SCH, Madrid, 2001).

Por otro lado, E. O. Wilson, en su obra *Consilience* (1998) intenta tender un puente entre las dos culturas de C. P. Snow, demostrando que la ciencia puede adentrarse en la naturaleza humana hasta el punto de ofrecer una explicación de su cultura. Él estaba convencido de que la biología sería capaz eventualmente de ofrecer una explicación para las Ciencias Sociales ya que, en su opinión, «los genes llevan a la cultura atada con correa».

## LAS DOS CULTURAS

Precisamente de lo que me voy a ocupar aquí es de analizar, una vez más, la conferencia titulada «Las dos culturas y la revolución científica» que pronunció el

---

\* Sesión del día 26 de abril de 2005.

7 de mayo de 1959 el citado Sir Charles Percy Snow, físico y novelista, en la Universidad de Cambridge. Lo haré a la busca de la tercera cultura que se hallaba implícita en ella, que contiene cuatro epígrafes: «Las dos culturas»; «Los intelectuales como luditas naturales»; «La revolución científica» y «Los ricos y los pobres». A los efectos que me interesan hoy, el primero y el tercero son los más reveladores, porque tienen que ver en buena parte con su biografía, ya que dedicó sus esfuerzos simultáneamente a la física y a la literatura y mantuvo relaciones, unas veces amistosas y otras no, con científicos y con hombres de letras. Él percibió muy claramente que unos y otros formaban entonces en Gran Bretaña dos grupos «comparables en inteligencia, idénticos racialmente, no muy diferentes en cuanto a origen social e ingresos, que casi habían dejado de comunicarse»<sup>1</sup>, siendo lo más grave, a su juicio, que no era este un simple síntoma local, sino que afectaba a Occidente entero. Por otro lado, lo más significativo era que en sus personas coincidían diversas condiciones individuales y sociales y, para él, esta distinción era crucial, pues mientras los científicos se sienten optimistas respecto a las posibilidades de mejorar o al menos remediar en sus contemporáneos algunos de sus graves estados sociales —la muerte prematura, el hambre— los literatos profundizan en la radical e impresionante soledad del ser humano.

Sin embargo, al intentar utilizar la dicotomía literatos-científicos para delinear los contornos de dos culturas, la literaria y la científica, se encontró con las objeciones de quienes mantenían que no hay más que una, la tradicional o literaria, que engloba a la científica e ignora el orden natural, y las de los que opinan que hay tres, es decir, otra más, que agrupa a las ciencias sociales y que es ahora más necesaria que nunca por constituir un terreno intermedio para el encuentro y el diálogo de las dos culturas enfrentadas. De hecho, él reconoce que si bien culturas en sentido antropológico existen muchas, varios miles seguramente, son las dos mencionadas las que valen para plantear argumentos, que pasan siempre por la educación, esto es, por la preparación que requiere cada una de las culturas que describe. Piensa que el futuro pertenece a la educación científica, pero que la que aún rige el mundo es la tradicional o literaria y que el foso que las separa se ha agrandado con el transcurso del tiempo, a pesar de lo que ha avanzado la científica desde Galileo.

En su opinión, el dominio de la cultura tradicional no ha remitido en Occidente, a pesar de haber culminado la Revolución Industrial, que considera, junto con la agrícola, el mayor cambio social experimentado por la especie humana. No

---

<sup>1</sup> Sir CHARLES PERCY SNOW, *The two cultures and the scientific revolution*, Cambridge University Press, 1959.

fueron los sabios humanistas, dice, los que hicieron la Revolución Industrial y casi ninguno de ellos entendió verdaderamente lo que había pasado o estaba pasando, «salvo quizá Ibsen en su vejez»<sup>2</sup>. La hicieron principalmente los científicos y de ella se beneficiaron los pobres, que consiguieron más años de vida y salud, mejor alimentación y una buena educación. De aquí el deseo que sienten hoy todavía los menos favorecidos de las regiones más atrasadas de la tierra de que les llegue pronto la revolución industrial.

Durante el proceso de transformación de las sociedades tradicionales en industriales se produce un nuevo cambio histórico, igualmente de enorme magnitud: la aplicación de la ciencia a la industria o, lo que es lo mismo, la revolución científica. Ya los griegos supieron reconocer que la ciencia posee una vertiente teórica y otra práctica, pero se concentraron sobre todo en la primera, dejando para los árabes medievales la aplicación práctica, que es la que se retoma y extiende en el siglo xix y especialmente en el xx. Así es como se origina una división interna entre científicos puros y científicos aplicados o ingenieros, y estos últimos perciben con claridad algo muy significativo: que la producción se fundamenta en una sólida organización social que hay que conocer y frecuentemente planificar. Con gran ironía Snow observa en este punto que «si nuestros antepasados hubieran dedicado su talento a la revolución industrial en vez de a constituir el Imperio de la India, hoy tendríamos una base mejor, pero desgraciadamente no lo hicieron»<sup>3</sup>.

El corolario de estas afirmaciones, que no son mi principal objetivo aquí, es que los países ricos se han venido haciendo cada vez más ricos y el trecho que los separa de los pobres se ensancha, salvo cuando estos últimos obtienen masivamente la tecnología capaz de cambiarlos para bien en el seno de una «sociedad racional». Como para él la tecnología es «aquella rama de la experiencia humana que la gente puede aprender con resultados previsibles»<sup>4</sup>, si la asimilan y la usan, no necesitan ninguna utopía redentora para lograr su prosperidad, como lo demuestran por cierto la China y la India en nuestros días.

Pero hay algo más: en la segunda mitad del siglo xx la ciencia se ha convertido en tecnociencia y su imparable capacidad para cambiar el mundo pone

---

<sup>2</sup> Cfr. La introducción de Stefan Collini a C.P.Snow: *The Two Cultures*, Cambridge University Press, 1998. Esta obra contiene también un nuevo texto de Snow; «The two cultures: a second look» (1963).

<sup>3</sup> C. P. SNOW, *The two cultures and the scientific revolution*, op. cit., pág. 2.

<sup>4</sup> Entre los que no la entendieron cita a Ruskin, William Morris, Thoreau, Emerson y Lawrence. C. P. SNOW, *The two cultures and the scientific revolution*, op. cit., pág. 27.

de manifiesto el decisivo lugar que ocupan para el ejercicio de la ciudadanía el conocimiento y el desarrollo tecnológico-científico, porque viviendo de espaldas a la ciencia se renuncia «a llevar el timón de la propia vida»<sup>5</sup>.

No cabe mantenerse al margen de la capacidad de descubrimiento que posee el ser humano en la actualidad, o de permanecer ajeno a los debates éticos que plantea la ciencia, o de la necesidad de adoptar importantes decisiones sociales y políticas siguiendo sus conclusiones. La tecnociencia constituye una parte importante de nuestro acervo cultural, porque está presente por doquier. Como afirma Javier Echevarría, «una persona culta ya no sabe latín, pero sí informática. Sigue sabiendo historia, leyendo literatura, escuchando música y contemplando objetos artísticos, pero, además, tiene unos conocimientos básicos de ciencia y tecnología»<sup>6</sup>.

Los indicadores de desarrollo científico y tecnológico cuentan tanto ahora como los económicos para jerarquizar a las sociedades según su grado de prosperidad y desarrollo. Si es cierto que es preciso rellenar el espacio entre las dos culturas, no lo es menos que solamente puede hacerse mediante la educación, la necesaria reforma de nuestra educación que, paradójicamente, aunque más en unos países que en otros, es aprovechada a veces por la cultura tradicional bajo la denominación de Humanidades, para reforzarse y, lo que es peor, para guarecerse tras las aspiraciones y promesas de las Ciencias Sociales. Para incorporar a una sociedad a la categoría de tecnológicamente avanzada, o para acentuar su evolución en ese sentido, se tienen que asumir valores promovidos por la ciencia moderna, tales como la precisión, el rigor, la generalidad, la adecuación empírica y otros, así como también los de la tecnología, como la utilidad, la eficiencia, la eficacia, la fiabilidad, etc.

A pesar de sus visibles ventajas y logros, sin embargo, es lícito afirmar que sigue existiendo en nuestras sociedades una crisis de confianza en la ciencia, como reveló el informe sobre Ciencia y Sociedad del Select Committee on Science and Technology of the House of Lords en marzo de 2000. Se duda de muchos o de algunos de los valores mencionados porque existen reticencias entre el público sobre las autoridades científicas y porque la información que llega a la ciudadanía está determinada por la creación de una realidad deformada por los medios de comunicación, contra la que es necesario luchar y de la que lamentablemente no me puedo ocupar aquí.

---

<sup>5</sup> VLADIMIR DE SEMIR, «Ciencia fieramente humana. ¿Una tercera cultura?», *Blanco y Negro Cultural*, 18-1-2003, pág. 4.

<sup>6</sup> JAVIER ECHEVARRÍA, «Tecnociencia y valores», *Blanco y Negro Cultural*, 18-1-2003, pág. 7.

## LA TERCERA CULTURA

Algo más de cuatro años después de haber pronunciado su famosa conferencia, Snow volvió a plantearse uno de los puntos que no consideró bien resuelto en ella: la carencia de una cultura común en nuestro tiempo, porque en puridad nuestras dos culturas actuales solamente merecen el nombre de subculturas; ni la cultura científica ni la cultura tradicional o literaria son ya suficientes para solucionar el mayor problema de nuestro planeta, que es lisa y llanamente el de la eliminación total de la pobreza material y la miseria moral. Esta es la auténtica lucha de nuestra época y no la pretendida entre civilizaciones o sistemas mundiales.

En los países occidentales el puente lógico y natural entre las dos culturas lo constituyen las Ciencias Sociales. Ellas se preocupan de cómo viven o han vivido los seres humanos, no en términos de relatos legendarios sino de hechos comprobados. En definitiva, como afirma Edward Shils<sup>7</sup>, el «análisis sociológico es la continuación en lenguaje contemporáneo de los grandes esfuerzos de la mente humana para emitir juicio sobre las vicisitudes del hombre sobre la tierra», es decir, prosigue el inacabado debate sobre la condición social humana haciendo uso de las herramientas que le proporciona la ciencia actual. Convencido de esto, Snow confiesa: «Debería haberme dado cuenta antes y no tengo excusas para no haberlo hecho. He estado en estrecho contacto intelectual con los historiadores sociales durante la mayor parte de mi vida y me han influido mucho, de tal modo que sus investigaciones me han servido para avalar muchas de mis observaciones. No obstante, fui muy lento en la observación del desarrollo de algo que, para decirlo en los términos que vengo usando, se está convirtiendo en una tercera cultura. Podría haberlo visto antes si no hubiera sido víctima de mi educación británica, que me ha condicionado para sospechar de todo lo que no sean las disciplinas intelectuales establecidas y me hace sentirme en casa con las materias científicas «duras»<sup>8</sup>. Y concluye, recuérdese que en 1963: «Probablemente es demasiado pronto para hablar de una tercera cultura ya existente, pero estoy convencido de que está llegando. Cuando esté aquí, algunas de las dificultades de comunicación se ablandarán por fin, ya que para cumplir su objetivo esta cultura tiene que dialogar con la científica»<sup>9</sup>.

Hace falta, pues, una tercera cultura que coincida simultáneamente con la tradicional en su objeto de estudio y con la científica en su metodología, y que no

---

<sup>7</sup> EDWARD SHILS, «The calling of Sociology», en TALCOTT PARSONS, EDWARD SHILS, KASPAR D. NAEGLF y JESSE R. PITTS (eds.), *Theories of Society*, Free Press, Glencoe, Illinois, vol. II, págs. 1417-1418.

<sup>8</sup> C. P. SNOW, «The two cultures: a second look», *op. cit.*, pág. 70.

<sup>9</sup> *Idem*, pág. 71.

se limite a profundizar literariamente en la condición individual de los seres humanos, sino que obtenga conclusiones verificables científicamente sobre los hechos de su condición social. El gran cambio experimentado en los dos siglos y medio últimos por las sociedades hoy industriales y postindustriales ha hecho necesaria una nueva ciencia, algo que ya anticipó Augusto Comte en 1822 en su «Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad» con las siguientes palabras: «Actualmente contamos con una Física celestial, con otra terrestre, mecánica o química, una física vegetal y una física animal; todavía queremos una más: la Física social, para completar el sistema de nuestro conocimiento de la naturaleza. Por Física social entiendo yo la ciencia que tiene por objeto el estudio de los fenómenos sociales considerados con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos, químicos o fisiológicos, esto es, sujetos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento constituye el objeto especial de esta investigación».

Comte no veía ninguna justificación para que el campo de los hechos sociales estuviera excluido de la ciencia natural y daba por sentado que a esta realidad le es aplicable el mismo método, «ya que sería contradictorio suponer que el espíritu humano, tan dispuesto a la unidad del método va a conservar para una sola clase de fenómenos su manera primitiva de filosofar»<sup>10</sup>. Lo que él no pudo entonces prever es que en la evolución experimentada por las Ciencias físicas los métodos se flexibilizarían. Sin ir más lejos, el radical determinismo de las Ciencias del siglo XIX se ha transformado en el probabilismo de muchas de sus conclusiones, ajustándose al principio de indeterminación de Heisenberg, formulado en 1927, que si no estoy equivocado es el descubrimiento singular más revolucionario de la Nueva Física. En ella la matemática no describe ya la naturaleza; «es simplemente una teoría de las operaciones; no una teoría de entes matemáticos»<sup>11</sup>. Lo que la matemática expresa ahora son relaciones —estructuras puramente matemáticas— y las leyes físicas son leyes estocásticas, con lo cual la idea clásica de causalidad como determinismo legal hace crisis, aunque ello no suponga la desaparición del mundo de la ciencia de la idea de causalidad. Como afirmó acertadamente Zuribi, ya «causalidad no es sinónimo de determinismo, sino que el determinismo es un tipo de causalidad»<sup>12</sup>.

El propio Snow, en la revisión de su conferencia, manifestó que, para su argumentación, la biología molecular habría sido un modelo de ciencia más

---

<sup>10</sup> AUGUSTE COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, Ed. Classiques, Garnier, tomo I, París, s.a., pág. 41.

<sup>11</sup> X. ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, segunda edición, Madrid, 1951, pág. 274.

<sup>12</sup> *Idem*, pág. 282.

adecuado que la Física, porque señala mejor y con más actualidad las distancias y las proximidades con la tercera cultura <sup>13</sup>. Aunque dentro de la evolución experimentada por las propias ciencias sociales éstas se han hecho menos positivas y se han acercado más a los modos de análisis cultural más hermenéuticos o históricos, sigue siendo válido que «los ideales profesionales y las formas de publicación de muchas de las ciencias sociales tienen por lo menos tanto en común con sus vecinos de las ciencias naturales como de las humanidades. Además, ahora existen muchos universitarios que trabajan en varias disciplinas sociales, aplicadas, que no pueden ser clasificadas como «humanidades» o «ciencia» y para ellas la noción de «las dos culturas» es, en el mejor de los casos, un anacronismo irrelevante» <sup>14</sup>.

La conferencia de Snow, una de las más famosas del siglo xx, ha sido traducida a varios idiomas, ha tenido muchas ediciones y más de treinta y cinco reimpressiones en inglés, y sobre ella, o con motivo de ella, se han escrito bastantes libros y multitud de artículos, lo cual revela que el enfrentamiento que él critica de las dos culturas, la tradicional o literaria y la científica, conmocionó el mundo intelectual, aunque no careciera de antecedentes importantes como el debate decimonónico entre Matthew y T. H. Huxley <sup>15</sup>. Al principio se le colmó de elogios y se admitió de buen grado la existencia de la división que él señaló, pero pronto surgió una durísima polémica desde las filas de los literatos. F. R. Leavis, un profesor asociado de Literatura de Cambridge, a punto de jubilarse, le respondió en una conferencia Richmond, juzgándole «tan poco distinguido intelectualmente como es posible serlo» y afirmando que «su conferencia exhibe una carencia total de distinción intelectual y una embarazosa vulgaridad de estilo» y otras lindezas parecidas.

Para minar su autoridad como físico y como novelista, comenzó descalificándole literariamente: «Snow se cree que es un novelista, pero como novelista no existe... no se puede decir que sepa lo que es una novela». Después hizo otro tanto con su autoridad de científico: «Su conferencia no muestra trazas de que tuviera una verdadera preparación científica y en vez de rigor lo que hace es una exhibición de sabiduría superficial» <sup>16</sup>. En conjunto, formuló una crítica tan salvaje que muchas cartas al editor de *Spectator* la atribuyeron a una animosidad previa entre ellos, lo

---

<sup>13</sup> C. P. SNOW, «The two cultures: a second look», *op. cit.*, págs. 73-74.

<sup>14</sup> S. COLLINI, *op. cit.*, liv.

<sup>15</sup> Además de ellos, he encontrado algo que puede considerarse como un precedente en ALBERTO JIMÉNEZ, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la Universidad española moderna*, El Colegio de México, México, 1948, págs. 269-272.

<sup>16</sup> F. R. LEAVIS, «Two cultures? The significance of C. P. Snow», *Spectator*, 9 marzo 1962.

cual no es demostrable. Sí lo es, por el contrario, que Leavis reivindicaba para la crítica literaria y la literatura el papel intelectual al que aspiraba la Sociología.

En el cruce de escritos intervino el famoso crítico cultural y literario norteamericano Lionel Trilling que, tras rechazar el «inadmisble tono» empleado por Leavis, le dio la razón en el fondo, considerando que Snow había patinado al exagerar la trascendencia social de los punto de vista de unos pocos escritores modernistas, sobre todo cuando afirmó que «es la cultura tradicional, muy poco reducida por la emergencia de la científica, la que rige el mundo occidental». También objetó que Snow atribuyera a los hombres de letras del siglo xix ignorancia o animosidad contra la Revolución Industrial, asegurando que la verdad del caso es otra <sup>17</sup>.

A mediados de los años ochenta vio la luz en Alemania el que, a mi parecer, sigue siendo el libro más importante y mejor documentado sobre este asunto <sup>18</sup>. Titulado *Las tres culturas* analiza la emergencia de la tercera cultura a través de las vicisitudes y características de la vida intelectual de Francia, Gran Bretaña y Alemania. En cuanto al primer país, su autor Wolf Lepenies se ocupa sobre todo de Augusto Comte y la fundación de la Sociología, en sentido paralelo al que antes he expuesto, continuando después con la pujante influencia del magisterio de Emilio Durkheim y, en definitiva, con la alta consideración en que era tenida en Francia la Sociología como ciencia del presente, que sirve para dar sentido a la sociedad.

Por lo que toca a Inglaterra, pone de relieve el papel fundamental de la crítica literaria y de la literatura como descripción de la sociedad y descubre los antecedentes de la polémica entre Leavis y Snow. Para él, la teoría de la crítica literaria aspiraba en aquel entonces a ser la disciplina orientadora de la vida intelectual y, en algunos casos al menos, se enfrentaba por esto con las ciencias sociales. Así, Sidney Webb en una carta dirigida en diciembre de 1901 a H. G. Wells, que creía que la novela moderna era el único medio para discutir una gran parte de los problemas del desarrollo de la sociedad, le vaticinó que la clase dirigente del futuro no se compondría solamente de ingenieros y químicos, sino también de administradores adiestrados, expertos de la organización humana, cuya Economía y Sociología no sería menos científica que la Química y la Medicina <sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> LIONEL TRILLING, «The Leavis-Snow controversy», *Spectator*, págs. 150, 156, 158.

<sup>18</sup> WOLF LEPENIES, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994 (la edición alemana es de 1985).

<sup>19</sup> WOLF LEPENIES, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994 (la edición alemana es de 1985).

En la polémica ya referida entre Leavis y Snow se da la paradoja de que el científico y el crítico literario se negaban recíprocamente la capacidad de comprensión de la revolución industrial y de las sociedades actuales, disputándose de este modo un privilegio de interpretación que la Sociología siempre había reivindicado para sí desde mediados del siglo XIX. Lo cierto es que en la contienda entre las dos culturas pasaba a segundo término una tercera, la de la intelectualidad sociológica, porque en realidad, no se trataba de una polémica entre las dos culturas clásicas, la literaria o tradicional y la científica, sino más bien de una defensa de la Literatura no tanto contra las ciencias naturales como contra la Sociología.

En Alemania, en cambio, el papel intelectual predominante correspondía en este período a la Historia, como lo demuestran los análisis que Lepenies hace de las aportaciones de Simmel y Max Weber, entre otros. Por esta razón, la competencia entre la Sociología y la Historia se convirtió en el asunto clave del propósito de añadir la Sociología a la dicotomía entre cultura científica y tradicional.

Hans Freyer explica muy bien que lo que diferenciaba en conjunto a los defensores de las enseñanzas sociales dominantes en Francia e Inglaterra de los alemanes era el convencimiento de estos últimos de que la sociedad burguesa era solamente un fenómeno histórico, un estado transitorio cuyo análisis no podía en modo alguno servir de base a una historia natural de la convivencia humana<sup>20</sup>. Por otro lado, en Alemania la Sociología pertenece al conjunto de las ideas modernas que Nietzsche ponía en la picota, mientras que George von Below sostenía firmemente que la Sociología como disciplina independiente era profundamente antialemana, una importación procedente de burdos naturalistas ingleses y finos racionalistas franceses, en fin, un engendro digno de una repulsa total<sup>21</sup>.

Como recuerda Lepenies: «Max Weber, que tardíamente llegó a ser profesor de Sociología, hasta el final de su vida vio en la denominación «sociología» una útil convención y, siempre que hablaba de nuestra ciencia, pensaba naturalmente en la economía. Y Georg Simmel se enojaba cuando alguien le llamaba sociólogo porque él se consideraba a sí mismo filósofo. La sociología alemana fue acuñada por aquellos que en el sentido estricto de la palabra no eran sociólogos, y sin embargo siempre se recordará a Max Weber, Georg Simmel y Ferdinand Toennies como sociólogos<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, pág. 250.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pág. 267.

<sup>22</sup> W. LEPENIES, *op. cit.*, pág. 359.

El amplio y valioso análisis de Lepenies lo resume el mismo autor sin dejar espacio para demasiadas dudas. «Soy de la opinión, escribe en la «Advertencia Preliminar» de su obra, de que es posible designar a las ciencias sociales como una tercera cultura en la cual se oponen desde su nacimiento orientaciones científicas y literarias. Es significativo que tanto en el debate entre Snow y Leavis como en la discusión de precursores librada en el siglo xx entre Matthew Arnold y Thomas Henry Huxley la sociología desempeña un papel importante, si bien casi siempre pasado por alto».

La opinión expresada en el párrafo anterior es también la mía, a pesar de tener conocimiento de primera mano de otras distintas de grandes autoridades <sup>23</sup>. Así, en la conmemoración del primer centenario de la British Academy, celebrada en Londres en 2003, se trató precisamente este tema y Lord Runciman, su presidente, que fue uno de los oradores, empezó describiendo el libro de Snow como «intelectualmente tosco, políticamente ingenuo, históricamente corto de visión y retóricamente inepto», oponiéndose frontalmente a la aceptación de las ciencias sociales como una tercera cultura. Para justificar su opinión intentó refutar tanto la que él denomina posición reduccionista externa, que sueña con una única ciencia física capaz de incluir todas las ciencias biológicas y humanas, como la de quienes «defienden la diferencia absoluta entre las ciencias humanas y sociales, que son subjetivas y las ciencias naturales que son objetivas y neutrales» <sup>24</sup>. Claramente, Runciman adopta el punto de vista de que existen dos cuerpos y una sola cultura o, lo que es lo mismo, que en la actualidad las ciencias y las humanidades son ambas científicas, genéricamente hablando. Sin embargo, me permito dudar de que la proposición inversa sea cierta, es decir, que la ciencia natural sea también humanista. Para que lo fuera, tendría que contener una serie de valores de los cuales carece por definición, puesto que, por muy grande que haya sido en ella el cambio, en la ciencia el hombre no es en absoluto la medida de todas las cosas.

En la última Asamblea General de ALLEA (All European Academies), celebrada en Bruselas en marzo de 2003 fui invitado a abrir la sesión dedicada a «Ciencias y Humanidades, ¿dos mundos diferentes?» y lo hice reiterando mi opinión coincidente con la de Lepenies transcrita antes, pero al mismo tiempo advertí de los serios problemas teóricos y prácticos que presenta el uso generalizado de la expresión Humanidades y Ciencias Sociales para designar a la que Snow llamaba sencillamente la cultura tradicional o literaria. Estimo que si bien la ciencia y las humanidades constituyen dos campos de conocimiento nítidamente separados, las

---

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> W. G. RUNCIMAN, *Two bodies, one culture*, The British Academy, Londres, 2002, págs. 2-3.

Ciencias Sociales tal y como actualmente se deben de entender, no solamente son útiles para conectarlos y para el estudio de ambas y de su contexto cultural, sino que poseen un contenido propio en el que a menudo se mezclan conocimientos de naturaleza científica, caracterizados sobre todo por el rigor metodológico que conduce a ellos, y otros que son puramente humanísticos en el sentido de ser especulativos, intuitivos, o imposibles de contrastar. Hay dentro de las Ciencias Sociales enfoques que son tan, o casi tan, rigurosos como los de las ciencias naturales y otros que bordean, si es que no caen en, la fantasía o todavía peor en el prejuicio.

En resumen, para Snow solamente existen dos culturas, la humanística o tradicional y la científica o moderna; para Runciman una cultura y dos cuerpos y para los que argumentamos a favor del reconocimiento adecuado de las ciencias sociales, o tres culturas o una cultura y tres cuerpos.

## **CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

Pero no quiero acabar mi ponencia con esto, porque me gustaría hablar aún, con la benevolencia de ustedes, de las consecuencias negativas para las Ciencias Sociales de su agrupación, tan frecuente como injustificada, con las Humanidades y lo haré refiriéndome a tres casos concretos: los problemas de la enseñanza de la historia; el fracaso de la disciplina «Ciencia Tecnología y Sociedad» en el Bachillerato; y la confusa petición de apoyo económico europeo para las Humanidades cursada por la Academia Británica.

1. Como precisó Augusto Comte, el método de las ciencias positivas es único y posee dos características fundamentales: subordinar la imaginación a la observación y relativizar los conocimientos o, dicho de otra manera, ceñir la especulación teórica al estado presente de la observación. Dada la progresión del método científico, a la observación que es lo básico le siguen la medición y, si es posible, la experimentación y después viene la comparación. Por otro lado, método científico y Matemáticas no son sinónimos para él, como lo demuestra que la Química y la Biología estaban ya establecidas como ciencias positivas en su tiempo y, sin embargo, apenas hacían uso de ellas. Su principal papel consiste en ser instrumento para la medición, una vez que «la observación de los hechos sociales, a través de un determinado enfoque —la visión totalizadora— descubre la relación entre los mismos».

Por otra parte, al configurarse las modernas técnicas de investigación social en los años veinte y treinta del siglo xx —y seguramente antes en Psicología

y Economía— se advierte que el enfoque cualitativo, además de ser el predominante en la Antropología Social, es también por lo menos imprescindible como paso previo para la investigación cuantitativa. Como escribió el economista Mitchell en 1925: «Aun en el trabajo de los más apasionados de la estadística, el análisis cualitativo seguirá teniendo un lugar. Siempre nuestro pensar irá más allá de nuestras mediciones; las preconcepciones que conforman nuestros fines, nuestros primeros atisbos de nuevos problemas, nuestras generalizaciones más amplias, seguirán siendo cualitativas en cuanto a la forma. En realidad, el trabajo cualitativo ganará potencia, ámbito e interés según vayamos haciendo uso de mediciones más amplias, más exactas y más fiables... En la mente de trabajadores competentes ambos tipos de análisis cooperarán y se complementarán de un modo tan pacífico en la Economía como en la Química».

Lo que llevo dicho hasta aquí es algo que, como antes advertí, se aceptaba de buen grado en los años cincuenta y posteriores como consecuencia del carácter modernizador que tenían las ciencias sociales de base empírica. Hubo entonces, naturalmente, resistencias de los representantes de saberes tradicionales que se sentían amenazados y hasta se registraron intentos de ridiculización del esfuerzo por medir actitudes o de estudiar simplistamente, así se decía, el coeficiente de inteligencia. El trabajo realizado por los nuevos científicos sociales, a menudo formados en el extranjero, fue ingente. Baste recordar la primera serie de informes sociales sobre la realidad social española, con su precisión, su negación de tabúes y su nuevo léxico, o la planificación indicativa del desarrollo económico. El siguiente paso consistió en la incorporación al sistema universitario español de carreras dedicadas a estas ciencias: Ciencia Política, Economía, Sociología, Psicología y Antropología Social. De este modo parecía asegurado que compartirían con las disciplinas más tradicionales el escalón superior de la enseñanza y que su prestigio correría parejo con el de ellas.

Vistas desde la actualidad, las cosas no han marchado como se esperaba. Sigilosamente, como con frecuencia sucede entre nosotros, nuestras ciencias —a excepción de la Economía— han sido desplazadas del primer plano, si es que alguna vez lo alcanzaron de verdad. El Derecho ha regresado a su lugar predominante y se describe como una Ciencia Social, cuando es sencillamente un saber normativo y heurístico, cuyo proceso voluntarista de gestación tiene a menudo poco que ver con la situación de la sociedad tal y como ésta la describen, cada una en su ámbito, las Ciencias Sociales. La Historia, el saber más complaciente de cuantos existen, que es cronológico y testimonial, ha vuelto en España por sus fueros, sin haber llegado nunca a apoyarse en los conocimientos que las ciencias sociales han adquirido y que tanto potencial acumulan para el futuro. Junto a esto, el esce-

nario del saber y del debate ha quedado desde la transición democrática en las manos de los profesionales de los medios y los intelectuales se han visto desalojados de la primera línea.

Cuando en los años cincuenta y sesenta se apreció la necesidad de que los jóvenes españoles se iniciaran durante sus estudios secundarios en el aprendizaje de las ciencias sociales, la reacción estratégica de los dirigentes educativos consistió en agrupar en un mismo conjunto a éstas con las asignaturas de Historia y Geografía y, lo que es más importante, confiar en muy elevada proporción su enseñanza a los profesores de estas últimas disciplinas. Así nació ese batiburrillo de «Ciencias Sociales, Geografía e Historia», que se convirtió en un área de nuestra enseñanza media. De esta acción procede, además, el riesgo del que se quejaba la Real Academia de la Historia en un informe del año 2000, de que la historia pueda quedar degradada «a la condición de sierva de las ciencias sociales sistemáticas» (J. Kocka), o sumida en una especie de «gemeinschaftskunde» o ciencia global de la sociedad, o amenazada su enseñanza de ser sustituida «por una mezcla de vulgaridades económicas, sociológicas y psicológicas» (P. Vilar).

Seguramente en las decisiones de crear este extraño complejo de disciplinas heterogéneas, o área de enseñanza, también influyeron el recelo de los sectores más tradicionales de la sociedad frente a las ciencias sociales modernizadoras y el propósito de los profesionales de las enseñanzas de geografía e historia de no ceder terreno a los invasores, hasta el punto de proponerse, como dice el informe citado, que «el curriculum del área de “Ciencias Sociales, Geografía e Historia”, se organizara a base de «los núcleos conceptuales básicos de las ciencias sociales», impartidos por docentes no preparados en estas materias.

Hoy el objeto central del informe, que es la tergiversación de la historia española en la práctica docente de algunas Comunidades Autónomas, sorprendentemente concluye que «los problemas existentes hoy en día en cuanto a la enseñanza de la historia en España en los estudios secundarios contienen tres elementos, que podríamos definir como el sociologismo, el pedagogismo y las circunstancias políticas». En los dos últimos no quiero entrar, pero la sinrazón se ve clara en cuanto al primero. Leo: «la enseñanza de la historia comenzó a resentirse desde la segunda guerra mundial a causa de la gran influencia ejercida por el sociologismo, utilizando este término en el sentido de proponer una visión del pasado alejada del tradicional proceso cronológico y vinculada al análisis que permitiera la utilización de las formulaciones teóricas del presente». Esta exhibición de prejuicios, montada además sobre el fracaso de querer enseñar la historia metiéndola en campos ajenos, establecidos para otros fines y con otros contenidos, descalifica la solvencia científica y la seriedad del propósito, que en principio es bueno.

2. Con una certera visión de las necesidades educativas en una sociedad como la nuestra, cada día más inserta en el ámbito de las sociedades industriales avanzadas, una Orden Ministerial publicada en el *BOE* de 29 de enero de 1993 creó la disciplina de «Ciencia, Tecnología y Sociedad» en el Bachillerato, a fin de que los estudiantes obtengan una visión realista del mundo en el que van a desenvolverse a lo largo de sus vidas y capacitándoles para analizar las dimensiones sociales del desarrollo tecnológico.

Una valiosa obra publicada para ofrecer respuesta a esta verdadera necesidad pedagógica <sup>25</sup> aborda sistemáticamente, en primer lugar, la perspectiva histórica sobre la interrelación entre ciencia, tecnología y sociedad; después, describe el sistema tecnológico y sus implicaciones científicas y sociales; en tercer lugar plantea el análisis de las repercusiones sociales, desde las industriales hasta las conceptuales; a continuación estudia el control social de la actividad científica y tecnológica y, finalmente, ofrece algunas reflexiones filosóficas para entender las opciones planteadas, así como los rasgos fundamentales de la nueva sociedad tecnológica.

Tan excelente iniciativa, sin embargo, falló también por la base. La asignatura se puso en las manos de profesores de Filosofía, cuyas materias tradicionales iban siendo reducidas o eliminadas en el Bachillerato y no en manos de científicos sociales conscientes de la sustantividad de sus propias disciplinas, de modo que *de facto* esta enseñanza fue reconducida hacia lo que no era, convirtiéndola en una parte de la filosofía. Probablemente tal cosa no hubiera sucedido si en esas fechas nuestra Academia hubiera conservado el papel que a principios del siglo xx aún tenía en la aprobación de los libros de texto de secundaria en las materias de su competencia.

3. Y deseo, por último, referirme a una caso no español. En Septiembre de 2004 la Academia Europea con sede en Londres difundió un Comunicado sobre el papel de las Humanidades en la Política de Investigación Europea, que es equívoco desde su título. El objetivo directo es obtener fondos europeos para la investigación, para lo cual lo primero que se hace es señalar que las subvenciones van sobre todo a las ciencias naturales, mientras que las humanidades no están suficientemente reconocidas. Y aquí ya no se habla aisladamente de humanidades sino de ciencias sociales y humanas y así hasta el final. Para no ir repitiendo el comunicado reproduciré a continuación las observaciones que remití a la Academia.

---

<sup>25</sup> JOSÉ FÉLIX TEZANOS y otros (eds.), *Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Ed. Sistema, Madrid, 2002.

El comunicado no trata específicamente de las Ciencias Sociales, hasta el extremo de que las Humanidades parecen definirse implícitamente como toda la investigación y la enseñanza no contenida en las Ciencias Naturales. Esto implica que la investigación de la opinión pública, el análisis de la fecundidad moderna y la construcción de una tabla de mortalidad, y no digamos los modelos matemáticos del comportamiento, o una gran cantidad de estudios económicos, pertenecen a la misma clase de saberes que la investigación puramente histórica, el conocimiento de las lenguas muertas o el estudio de los clásicos literarios.

El consenso predominante mantiene que son las ciencias naturales las principales responsables de los avances económicos de nuestras sociedades y consecuentemente merecen más incluso que la parte del león de los fondos disponibles para la investigación, aunque este hecho no tenga en cuenta muchos prerequisites no científicos de una sociedad científica. Por esta simple razón, el desarrollo de una política pública de apoyo a la investigación básica no debe olvidar a las ciencias sociales y humanas. Sin embargo, estas disciplinas han siempre de distinguirse de las Humanidades, que continúan siendo relevantes por sí mismas y tendrían que beneficiarse también de los presupuestos destinados a la investigación.

La incómoda mezcla de las humanidades con las ciencias sociales se esclarece cuando el Comunicado concluye que «solamente cuando nuestros europeos hayan sido bien educados en las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales, que determinan nuestra visión del mundo moderno, será la sociedad europea capaz de aprovechar la riqueza de los logros científicos y también de aceptar la complejidad científica de los intentos por resolver los problemas y desafíos actuales». La equivocidad de un pronunciamiento como el de que las humanidades están más directamente configuradas por los desarrollos políticos que las ciencias naturales es inaceptable, a menos que se haya especificado previamente que las Ciencias sociales están incluidas en las humanidades. Los desarrollos políticos ciertamente configuran la estructura de las sociedades modernas mucho más que los contenidos del derecho romano o la investigación sobre el feudalismo medieval. No son lo mismo.

En realidad, se puede utilizar un argumento semejante en cuanto a otros párrafos y expresiones. Las humanidades y las ciencias sociales necesitan y deben ser distinguidas como conjuntos de disciplinas con objetivos y metodologías diferentes y el valor intrínseco de las humanidades puede defenderse por sí mismo sin construir confusiones rechazables, tal y como las que contienen las siguiente líneas: «la Academia por esto aprecia un apoyo europeo activo, genuino y sostenido para la investigación, a las Academias de Ciencias Sociales existentes, las historias inte-

lectuales y los sistemas políticos, etc.». Unos renglones después concluye: «por esta razón la Academia Europea considera imperativo para cualquier consejo europeo de investigación promover activamente y apoyar las humanidades junto con las ciencias naturales».

Para terminar, mi opinión es que las ciencias sociales y las humanidades deben ser separadas como dos partes y modos independientes de conocimientos y también que la defensa de la inclusión de las humanidades en la política de investigación de la Unión Europea tiene que formularse de una manera más adecuada para que sea más convincente y más independiente.